



Fotografía: Lothar Wolleh

# El Concilio del acercamiento

El Vaticano II adoptó el tema de la reconciliación como orientación fundamental, extendiéndola a las relaciones de la Iglesia con culturas no occidentales, a los cristianos no católicos, a creyentes no cristianos y, en su documento final, a “toda la humanidad”.

La Iglesia anunció su disposición a entablar un diálogo con otras iglesias y a revisar doctrinas que la habían separado de ortodoxos y protestantes: rompiendo con una muy larga tradición, declaraba el principio de la libertad religiosa.

John W. O'Malley, S.J.\*

\* Este artículo es publicado simultáneamente en revista *Études*.



**A**l terminar el Concilio Vaticano II, en diciembre de 1965, los católicos estaban convencidos de que algo de suma importancia había sucedido. De inmediato sintieron su impacto en los cambios en la liturgia: ahora la misa se celebraba en el idioma local, el sacerdote estaba de cara a la asamblea y la primera parte de la ceremonia, “la liturgia de la palabra”, adquiría nueva importancia. Cinco años antes, estos cambios habrían sido inconcebibles.

Pero había mucho más. Por primera vez en la historia se estimulaba a los católicos a mantener relaciones de amistad con cristianos no católicos, e incluso a orar con ellos. La Iglesia anunciaba su disposición a entablar un diálogo formal con otras iglesias y a revisar doctrinas que durante siglos la habían separado tanto de ortodoxos como de protestantes. Rompiendo con una muy larga tradición, el Concilio declaraba el principio de la libertad religiosa y, al hacerlo, reiteraba que las decisiones morales debían basarse en la fidelidad a la propia conciencia. En respuesta a la enorme huella dejada por el Holocausto, repudiaba categóricamente el antisemitismo.

Aunque estos cambios tuvieron su propia importancia, ninguno, ya fuera de manera individual o colectiva, reflejó el sentido predominante en la época de que algo más se estaba desarrollando, un acontecimiento que se apreciaba apenas parcialmente. El aporte del Concilio no solo incluía, también trascendía cada una de sus realizaciones.

## EL ESPÍRITU DEL CONCILIO

Para expresar este aporte más amplio, se comenzó a hablar del “espíritu del Concilio”. Con esto no se quiso sugerir que el “espíritu” estaba desfasado en relación con la “letra” de los documentos emanados de la reunión, sino más bien que favorecía un mayor grado de generalización. Que servía de lente para la interpretación de los elementos particulares y para colocarlos en un marco más amplio.

Pero surgieron preguntas sobre la expresión. En este contexto, ¿qué significaba “espíritu”? ¿Acaso no era un término escurridizo, susceptible de manipulación? ¡Tu “espíritu del Vaticano II” puede que no sea *mi* “espíritu del Vaticano II”! La expresión se transformó en sospechosa y en algunos ámbitos fue rechazada con desprecio por insustancial y liviana, indigna del Concilio. Distorsionaba el verdadero sentido de este, que debía encontrarse única y exclusivamente en sus actos específicos.

Ciertamente, la expresión plantea problemas, pero debiéramos considerarla. Después de todo, la distinción entre espíritu y letra es de larga data en la tradición cristiana. Basándose en 2 Corintios 3, 6 (“La letra mata, el espíritu da vida”), durante siglos ella ha servido de indispensable categoría de interpretación para teólogos y exégetas. Por lo demás, es una distinción que se ocupa a diario, lo que le otorga cierta validez cognitiva. Postulo aquí el hecho de que no solo es útil sino indispensable para entender el Vaticano II.

Bien entendido, “el espíritu del Vaticano II” indica ciertas orientaciones de base que están expresadas de modo claro y no simplemente en uno o dos documentos del Concilio: se

desarrollan casi del primero al último. Esto apunta también al estilo en el cual estas indicaciones están formuladas. Por lo tanto, el espíritu está sólidamente basado en “la letra” en el más amplio sentido, lo que incluye tanto la forma como el fondo. Así entendido, la expresión desvela el sentido más amplio de la reunión conciliar.

En comparación con los otros concilios, el Vaticano II es especial porque sus documentos, considerados como un solo *corpus*, ponen de manifiesto dichas orientaciones. Como un conjunto de temas-bajo-los-temas o temas-a-través-de-los-temas, o incluso como tema principal, las orientaciones imbuyen el Concilio de una coherencia única en la historia en este tipo

---

**Los documentos del Vaticano II no constituyen un mosaico de piezas del que uno extrae lo que quiere. La predominancia de ciertos temas reivindica la intuición de que el Concilio tenía un mensaje que entregar, mensaje más vasto que cualquier documento considerado de manera aislada.**

---

de encuentros. En otras palabras, los documentos del Vaticano II no constituyen un mosaico de piezas del que uno extrae lo que quiere. Al examinarlos no individualmente sino como un *corpus* único, complejo, la predominancia de ciertos temas emerge claramente y reivindica la intuición de que el Concilio tenía un mensaje que entregar a la Iglesia y al mundo, mensaje que era más vasto que cualquier documento considerado de manera aislada.

## LA RECONCILIACIÓN

Uno de estos temas era el acercamiento, o reconciliación. ¿Cómo iba la Iglesia a tratar ciertas realidades que durante larguísimo años había considerado un anatema? ¿Podía y debía buscar la reconciliación con ellos? El papa Juan XXIII planteó el problema al Concilio el 11 de octubre de 1962, en su inauguración, en su memorable discurso a los prelados reunidos en San Pedro. Trató allí de dar a los padres conciliares una orientación. Tomó distancia de la actitud de desprecio y sospecha ante “el mundo”, como si todo lo moderno fuese malo, actitud que había dominado el pensamiento católico oficial por más de un siglo. El Concilio, según el Papa, no debía solamente cruzarse de brazos y deplorar lo que andaba mal, sino que tenía que comprometerse con el mundo de manera de trabajar en conjunto para lograr resultados positivos. En términos generales, debiera “usar la medicina de la compasión en vez de aquella de la severidad” al tratar con las personas; debiera alejarse lo más posible del lenguaje de la condena.

Aunque el papa Juan XXIII no usó la palabra reconciliación, es de eso de lo que hablaba. Pidió reconciliación “con el mundo”, con el mundo tal como es, no como se supone que tenía que

## Juan XXIII pidió reconciliación “con el mundo”, con el mundo tal como es, no como se supone que tenía que ser según la fantasía de una “Edad Media cristiana” que aún mantenía subyugados a muchos católicos.

ser según la fantasía de una “Edad Media cristiana” que aún mantenía subyugados a muchos católicos. Él quería terminar con la mentalidad en Estado de sitio que se había apoderado del catolicismo oficial tras la Revolución Francesa y la ocupación de los Estados Pontificios, mentalidad que temía todo lo moderno.

Debemos recordar que Juan XXIII tuvo una experiencia “del mundo” excepcional, mucho mayor que cualquier otro papa en siglos. Cuando era un joven sacerdote había oficiado de enfermero y luego como capellán en el ejército italiano durante la Primera Guerra Mundial. Después pasó décadas como representante diplomático del Vaticano en lugares predominantemente ortodoxos o musulmanes. Mientras se encontraba en su puesto en Estambul durante la Segunda Guerra Mundial, conoció directamente las dificultades de quienes huían de la persecución nazi y actuó según lo que estuvo a su alcance para ayudarlos. Posteriormente tuvo una exitosa misión como Nuncio Apostólico en París en un momento extremadamente delicado para la Iglesia en los años de la posguerra. Luego, justo antes de su elección como Papa, fue un distinguido obispo (técnicamente, Patriarca) de Venecia.

Por lo tanto, no debiera sorprendernos que, en el momento tan crucial de la inauguración del Concilio, introdujera el desafío de la reconciliación. No era un tema nuevo para él. Cuando, tres años y medio antes, en 1959, había anunciado su intención de hacer la convocatoria, expresó que una de sus dos metas principales era la extensión de una “cordial invitación a los fieles de las comunidades separadas para que participen con nosotros en esta búsqueda de unidad y paz, las que son anheladas por tantos en todas partes del mundo”. Su invitación encontró respuesta de otras iglesias cristianas, las que fueron tan positivas como inesperadas, y registró como resultado el extraordinario fenómeno de la presencia en el Concilio de, a veces, hasta cien o más representantes de las iglesias protestantes y ortodoxas. Nunca había sucedido algo parecido a esto.

### LA LITURGIA, LOS IDIOMAS Y LAS CULTURAS

Por lo tanto, incluso antes de que el Concilio empezara, la reconciliación se había instalado como tema y objetivo. Durante las sesiones de este, su alcance se amplió. El primer documento que aprobó el Concilio, la constitución *Sobre la sagrada liturgia católica*, *Sacrosanctum concilium*, implícitamente pidió a la Iglesia romper con su eurocentrismo y aceptar a otras culturas como iguales.

La Iglesia siempre se había presentado a sí misma como católica en el sentido de abarcar a todas las gentes y todas las culturas. A pesar de que esa afirmación tenía bastante de verdad, el catolicismo se había imbuido tan fuertemente de

la cultura occidental que parecía idéntica. Los descubrimientos de los siglos XV y XVI produjeron un *shock* con inmensas poblaciones muy diversas, que jamás habían oído hablar de cristianismo. Estos descubrimientos fueron un desafío a la pretensión de universalidad. Le siguió un vigoroso programa de evangelización, el cual prácticamente en todos los casos conllevaba la introducción simultánea de las tradiciones y valores occidentales, como si estos fueran inseparables del mensaje del Evangelio. Hubo importantes excepciones, como el de los jesuitas en China, dirigidos por Matteo Ricci. Por respeto a sus anfitriones, los jesuitas en Beijing trataron de convertirse en chinos en su estilo de vida y manera de pensar. Incluso obtuvieron permiso para celebrar la misa en chino y publicaron un misal chino. También llevaron a cabo experimentos similares en Japón y partes de India.

En el siglo XVIII la Santa Sede condenó estos experimentos. Luego, durante el gran auge de la actividad evangelizadora en el siglo XIX y comienzos del siglo XX, tanto los misioneros católicos como los protestantes se vieron a sí mismos como portadores de la “carga del hombre blanco” de traer las costumbres occidentales a sus feligreses. Esta era la actitud que el Concilio rechazó de manera suave, pero firme.

*Sacrosanctum concilium* fijó la ruta al Concilio al afirmar: “La Iglesia cultiva y promueve las cualidades y talentos de las diferentes razas y naciones” y admite sus costumbres “en la liturgia misma, siempre que armonicen con su verdadero y auténtico espíritu” (37). En documentos posteriores el Concilio repetidamente tocó el tema de la reconciliación con culturas diferentes a la occidental, especialmente en el decreto sobre la actividad misionera de la Iglesia.

### ECUMENISMO Y RELIGIONES NO CRISTIANAS

Por supuesto los actos de reconciliación más evidentes y directos fueron el decreto *Sobre ecumenismo*, *Unitatis Redintegratio*, y la *Declaración sobre religiones no cristianas*, *Nostra aetate*. El primero empieza diciendo que “la restauración de la unidad entre todos los cristianos es una de las preocupaciones principales del Concilio Vaticano II” (1). Pide a los católicos respetar las creencias de aquellos que no están en comunión con la Iglesia y, como se dijo, inicia un movimiento de diálogo respetuoso con ellos. Estos pasos pueden parecer cautos y mínimos, pero fueron un impactante cambio en relación con la actitud de condena a todas las otras religiones cristianas y en relación con el consejo a los católicos de evitar contacto con ellos en la medida de lo posible. El Código de Derecho Canónico de 1918 prohibía a los católicos participar en cualquier servicio religioso no católico, incluso en matrimonios y funerales.

A mediados del siglo XVII, el fin de la catastrófica Guerra de los 30 años terminó con un siglo de conflicto entre diferentes iglesias cristianas, en guerras que se hicieron en nombre del Dios del amor. Desde ese momento en adelante, la Iglesia rechazó la violencia como medio de solucionar diferencias religiosas, pero hasta antes del Concilio los teólogos y apologistas católicos denigraban a las otras iglesias y las presentaban



bajo la peor de las perspectivas. En un nivel más alto y menos despectivo, en su encíclica *Mortalium animos*, de 1928, el papa Pío XI prohibió a todos los católicos participar en el movimiento ecuménico.

*Unitatis Redintegratio* marcó un cambio en 180 grados, tanto así que durante y después del Concilio una pequeña minoría lo denunció como herético. Sin embargo, como resultado de décadas de estudio y conversaciones semioficiales y tras bambalinas, el Concilio lo aceptó con inesperada facilidad. Después de siglos de distanciamiento, había llegado el momento para buscar el terreno común y la reconciliación.

Durante el transcurso del Concilio, *Nostra aetate* no tuvo el mismo camino fácil. La oposición fue tan severa que en un determinado momento se pensó en suprimirla de la agenda. El propio Juan XXIII era responsable de su inclusión. Dada su gran preocupación por el antisemitismo y la responsabilidad de los cristianos en relación con el Holocausto, ordenó que el Concilio considerara un documento en referencia a los judíos. Por lo tanto, en sus primeros borradores, *Nostra aetate* estaba dirigida exclusivamente a estos. Se plantearon objeciones sobre bases teológicas —¿acaso los judíos no eran una raza maldita?— pero también sobre bases políticas. La perspectiva de un documento sobre los judíos provocaba en los países árabes algún temor de que este fuese un paso del Vaticano hacia el reconocimiento del Estado de Israel, cosa que hasta entonces no había sucedido. Dichos países dejaron muy claras sus objeciones ante la Secretaría de Estado vaticana. El Concilio, finalmente, logró convencerlos de que *Nostra aetate* no tenía nada que ver con Israel. Exégetas y teólogos fueron capaces de convencer prácticamente a todos los obispos de lo aceptable que era el documento desde el punto de vista teológico. Una vez resueltos estos problemas, *Nostra aetate* fue aprobada, aunque solamente después que se amplió para incluir a otros creyentes no cristianos, particularmente los musulmanes. La pequeña minoría que rechazaba el decreto *Unitatis Redintegratio*, rechazó este otro con incluso más determinación.

*Nostra aetate* trata a los musulmanes mucho más latamente que a cualquier otro grupo religioso, judíos incluidos. Ya no los considera “nuestros eternos enemigos sin dios” —como los describió el papa Paulo III en 1542 en la bula que convocó al Concilio de Trento—, sino que merecedores de respeto, reconociendo que comparten con los católicos muchas de las mismas tradiciones religiosas que se remontan a Abraham, el patriarca común.

Son pocos los decretos del Concilio que parecen más oportunos hoy en día, en nuestra era posterior al 11 de septiembre de 2001. *Nostra aetate* toca una nota de razón y piedad. Es diametralmente opuesta a las polémicas inspiradas en el odio, e inviste a los católicos con un rol especial de agentes de la reconciliación en la actual situación internacional. A este respecto, el papa Juan Pablo II llevó a cabo un maravilloso servicio. Sus gestos de reconciliación con los judíos son bien conocidos. Menos conocidas actualmente, pero quizás más importantes, son las muchas veces que se reunió con grupos musulmanes para tratar de lograr mayor entendimiento mutuo y disminuir las tensiones.

## LA IGLESIA EN EL MUNDO MODERNO

El documento final del Concilio se intituló “La Iglesia en el mundo moderno”. Aunque la relación entre la Iglesia y el mundo no figuraba en la agenda cuando se inauguró el Concilio, esta materia ya había surgido claramente al final del primer año. No es de sorprenderse ya que, de hecho, asumió el tema de la reconciliación con el mundo moderno que Juan XXIII había propuesto en su discurso inaugural. El título es muy significativo: no es la Iglesia *para* el mundo moderno; no es la Iglesia *contra* el mundo moderno; no es la Iglesia *bajo* o *sobre* el mundo moderno, sino simplemente *en* el mundo moderno. El título no hace más que reconocer un hecho. Por fuerza, todos los miembros de la Iglesia, viven “en el mundo”. No existe alternativa, incluso para los religiosos de claustro. Nosotros, meros mortales, no podemos escapar al tiempo y el espacio.

---

**En vez de expresarse en anatemas y veredictos de culpabilidad, el Concilio se expresó principalmente en términos de amistad, cooperación, fraternidad, reciprocidad, diálogo, conciencia y llamado a la interioridad.**

---

Además de reconocer el hecho de que la Iglesia está y siempre ha estado “en el mundo”, el documento da un paso más al asumir las consecuencias de ello: Iglesia y mundo son recíprocamente dependientes. “La Iglesia, que es a la vez una organización visible y una comunidad espiritual, hace el mismo recorrido que hace toda la humanidad y comparte la misma suerte terrenal con ella” (40). La Iglesia debe actuar como una levadura, pero también recibe del mundo tanto como le da. Aunque tal afirmación nos pueda parecer obvia, era inédita en documentos oficiales de la Iglesia, especialmente después que la desenfundada sospecha sobre la modernidad empezó a dominar la Iglesia oficial.

Al dirigirse a todos los hombres y mujeres de buena voluntad, fueran creyentes o no, el documento extendió el tema de la reconciliación a sus máximos límites. El Concilio, “testigo y guía de la fe de todo el pueblo de Dios [desea expresar] su solidaridad, respeto y amor por toda la familia humana. (...) Ofrece a la familia humana la sincera cooperación de la Iglesia para la instauración de una fraternidad universal” (3).

El discurso de apertura del Concilio de Juan XXIII proclamó el tema de la reconciliación, pero de una manera implícita y general. El Concilio lo tomó como una orientación fundamental y lo integró de una forma notable. La extendió a las relaciones de la Iglesia con culturas no occidentales, a los cristianos no católicos, a creyentes no cristianos y, en su documento final, a “toda la humanidad”.

Sin embargo, existe un nivel aún más penetrante, en el cual el tema opera al punto que valida la intrínseca relación entre el espíritu y la letra. Regresemos al discurso inaugural de Juan XXIII.

Cuando le solicitó al Concilio que se abstuviera de las condenas, introdujo el tema del estilo del discurso que el Concilio habría de adoptar. Incluso el primer día de trabajo del Concilio, el 22 de octubre de 1962, el cardenal Joseph Frings, de Colonia, explícitamente puso el tema al centro del Concilio. Posteriormente otros prelados lo hacen suyo. Al final de aquel primer período del Concilio el tema se había transformado en uno muy importante y estaba camino a transformarse en una resolución extraordinaria.

---

***Nostra aetate* es diametralmente opuesta a las polémicas inspiradas en el odio, e inviste a los católicos con un rol especial de agentes de la reconciliación. A este respecto, el papa Juan Pablo II llevó a cabo un maravilloso servicio.**

---

Cuando se inauguró el segundo período, en el otoño del año siguiente, se entabló una discusión en torno a una versión revisada del documento *Sobre la Iglesia*, ahora intitulado *Lumen Gentium*. Con este documento el Concilio encuentra la originalidad de su voz. El primer capítulo era impresionantemente diferente de la primera versión, en el sentido de que estaba lleno de imágenes bíblicas y alusiones patrísticas. Esta característica se intensificó para cuando el documento llegó a su versión final que casi desbordaba con imágenes de la Iglesia y sus miembros, sugiriendo fecundidad, dignidad, abundancia, carisma, bondad, seguridad, acogida, ternura, calidez, comunión y reconciliación.

El Concilio hablaba con un nuevo estilo. Utilizaba formas literarias y un vocabulario nuevo para los concilios. La forma literaria más común hasta entonces había sido el canon, una corta disposición que prescribía o prohibía algunas acciones y cuyo incumplimiento generalmente conllevaba una sanción. La mayoría de los cánones terminaban en un anatema. El Sínodo Romano de 1960 fue una reunión del clero de la diócesis de Roma, que en su momento fue considerado el “ensayo general” para el Vaticano II. El sínodo emitió 755 cánones. El Vaticano II, que concluyó cinco años después, no emitió ni uno solo. En vez de emitir tales disposiciones, propuso ideales a ser imitados. Por ejemplo, en el decreto *Sobre los obispos, Christus Dominus*, pintó el retrato del obispo ideal y le propuso objetivos. A través de su nuevo lenguaje, el Concilio quería llegar a las conciencias para llevarlas hacia objetivos positivos. Trató de mostrar a la Iglesia en todos sus aspectos, según la descripción que Juan XXIII hizo de ella en su discurso inaugural: “La amorosa madre de todos, benigna, paciente, llena de bondad y misericordia”. El Concilio prefirió alabar los aspectos positivos del catolicismo y establecer la identidad de la Iglesia en esa base, en vez de tratar de hacer que la Iglesia se viera bien haciendo que los otros se vieran mal.

Una característica particularmente llamativa de *Lumen gentium*, que se comentó poco, es “el llamado a la santidad”, el tema del quinto párrafo de la versión final. El llamado se convirtió entonces en el tema principal del Concilio, el que se encuentra

una y otra vez en los documentos. La santidad, decía el Concilio, es la razón de ser de la Iglesia. Por supuesto esta es una verdad antigua y nada llamativa en sí. Sin embargo, los concilios anteriores, empeñados en la obediencia formal al reglamento, jamás habían mencionado este ideal de forma explícita y, por cierto, nunca lo desarrollaron de manera tan repetida y tan lamente como el Vaticano II.

Las formas literarias y el vocabulario de estos concilios se originaban en el principio de que eran cuerpos jurídico-legislativos. Ellos impedían la emergencia del tema de la santidad, de la misma manera que la forma y el vocabulario del Vaticano II lo fomentaban. El llamado a la santidad es más que la conformidad externa con un código de conducta obligatorio. Es un llamado a la conciencia de que, aunque necesita tener formas externas, se origina en los más altos impulsos del espíritu humano, que son dados por Dios. Este llamado en el Concilio se describió a menudo como compromiso con el servicio a los demás y la búsqueda de la comunión con ellos.

El cambio en la forma requirió adoptar un vocabulario que era nuevo en los concilios, en el cual el tema de la reconciliación, a pesar de estar expresado en una variedad de materias, emergió con gran fuerza. En vez de expresarse en anatemas y veredictos de culpabilidad, el Concilio se expresó principalmente en términos de amistad, cooperación, parentesco, fraternidad, reciprocidad, diálogo, colegialidad, conciencia y llamado a la interioridad: un llamado a la santidad.

Estas palabras se encuentran con demasiada frecuencia y coherencia en los documentos del Concilio como para descartarlas como si fueran solo el adorno de una vitrina o comentarios casuales. Le dieron al Vaticano II una unidad literaria y temática única en los concilios de la Iglesia. Expresan una orientación general y una perspectiva coherente. Son fundamentales para comprender el Concilio.

## UNA NUEVA ORIENTACIÓN DE LA IGLESIA

Estas palabras, asimismo, expresan valores. Los valores no son para nada nuevos en la tradición cristiana. Son tan comunes en el discurso cristiano —o más— que sus opuestos, pero no son comunes en los concilios ni tampoco tuvieron un rol tan determinante en los pronunciamientos oficiales de la Iglesia, como hasta ese momento. El Vaticano II no inventó las palabras, tampoco insinuó desde antes que no fueran fundamentales en el estilo de vida cristiano. Sin embargo, consideradas como un todo, transmiten una nueva y pujante manera de hacer, que el Vaticano II invitaba a contemplar, admirar y materializar. Esta forma de actuar fue el más profundo de los temas-en-los-temas o temas-a-través-de-los-temas del Vaticano II. Era la esencia del “espíritu del Vaticano II”.

Una simple comparación del modelo que insinúa este vocabulario con el modelo que quería reemplazar o equilibrar, revela la contribución del vocabulario: de la orden a la invitación, de leyes a ideales, de la amenaza a la persuasión, de coerción a conciencia, de monólogo a diálogo, de ordenar a servir, de la exclusión a la inclusión, de la hostilidad a la amistad, de la



sospecha a la confianza, de la rivalidad a la cooperación, de la búsqueda de las faltas a la apreciación, y del cambio de conducta a la apropiación interior.

En la promoción de los valores implícitos en este modelo, el Concilio no niega la validez de los valores opuestos. Ninguna institución puede, por ejemplo, simplemente promover la apertura sin fin. Tarde o temprano se requiere una decisión. Ninguna institución puede ser totalmente inclusiva sin perder su identidad en el proceso. Desde luego, ninguna institución cuya razón de ser es proclamar el mensaje del Evangelio puede estar tan comprometida con la reconciliación como para arriesgar dicho mensaje. Sin embargo, ¿qué puede ser más constitutivo del mensaje que el amor al prójimo?

Las palabras de apertura de *Gaudium et Spes* encapsulan el mensaje y nos llevan al centro del Vaticano II: “Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres y mujeres de nuestro tiempo, especialmente de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en sus corazones” (1).

El Concilio fue un acontecimiento rico y complejo, en el cual es fácil perderse entre los árboles y perder de vista el bosque. Si es importante reflexionar sobre cómo el Concilio nos cambió en ciertos aspectos, más importante aún es captar la nueva orientación que el Concilio tuvo en vista para la Iglesia y, al ha-

cerlo, para todo católico. A pesar de la forma en que a veces se expresaron, los dirigentes del Concilio se dieron perfecta cuenta de que el Vaticano II, que se había autoproclamado pastoral, era, por esa misma razón, un Concilio docente. Enseñó muchas cosas, pero pocas más importantes que el estilo de relaciones que iría a predominar en la Iglesia. No “definió” esa enseñanza, pero la enseñó prácticamente en cada una de sus páginas a través de la forma y el vocabulario que adoptó. Al examinar la forma y el vocabulario, la “letra”, llegamos al “espíritu”, que no es una efervescencia pasajera, sino que una reorientación coherente y verificable.

Por lo tanto, el Concilio expresó un mensaje más grande que cualquier mensaje en particular. Valiente pero gentil, el mensaje iba dirigido a encontrar resonancia en los corazones de todas las personas sensibles al llamado de la conciencia. Promovió la reconciliación con los otros y la búsqueda de la comunión. Debemos recordar que promovió estos valores no solo en las relaciones con aquellos fuera de la Iglesia, sino que también con los de adentro.

Hoy en día, en un mundo crecientemente golpeado por la discordia, el rencor, el insulto, los *blogs* llenos de odio, las guerras preventivas, la guerra y la amenaza de guerra, el mensaje no podría ser más oportuno. Es un mensaje contra-cultural y que al mismo tiempo responde a los anhelos más profundos del corazón humano. Paz en la tierra. Buena voluntad a los hombres. **MSJ**

